

Andrés Tornos, SJ

Profesor emérito de la Universidad Pontificia Comillas

Primero una cuestión pequeña. Luego una cuestión mayor. Luego algunas reflexiones.

1. Una cuestión pequeña

A mediados de los años 80 yo había ido al Zaire con la idea de conocer en directo, si es que la posibilidad se ofrecía, prácticas de inculturación en un medio africano. Y algo de ello se me ofreció cuando pude participar en las celebraciones de Semana Santa en una población del interior, mezclándome con los que allí vivían esas celebraciones a su modo: desde el comenzar implicando en ellas a muchos laicos que las concelebraban revestidos de aparatosos ornamentos –bailándolas por supuesto en los momentos más solemnes de los ritos– hasta el proceder del sacerdote que las presidía, entrando de cuando en cuando en un diálogo multitudinario con todos los asistentes, mezclando explicaciones

instructivas con invitaciones a compartir súplicas y alabanzas.

Pero curiosamente lo que más veces he vuelto a repensar de aquellas experiencias zaireñas no es nada de eso. Es, simplemente, lo que me ocurrió cuando el domingo IV después de Pascua hube de celebrar la Misa de los estudiantes jesuitas en su centro de estudios de filosofía. Y naturalmente había de preparar una homilía para la ocasión.

Pues bien: sucedía que en ese domingo la lectura del Evangelio es la del pasaje de San Juan en que Jesús decía, según mi misal, «yo soy el Buen Pastor». Pero la Misa la tenía que celebrar en francés y me llevé una cierta sorpresa cuando vi que el texto litúrgico francés no decía «buen pastor», sino *pasteur sage*, o sea, aproximadamente, pastor sabio, prudente. Me fui entonces al original griego de los evangelios para ver si eran los franceses o éramos los españoles los que teníamos

razón al traducir. Pues nueva sorpresa: en ese original Jesús no decía ser ni bueno ni sabio, sino *kalós*, o sea, aproximadamente, «hermoso» –o quizás «un pastor como es debido»–. No olvidemos que para el trasfondo cultural griego de ese evangelio el ideal del varón perfecto era ser *kalós kai agazós* («hermoso y bueno»). Pues en el Evangelio según San Juan el *kalós*, o sea lo de la hermosura, va por delante.

Yo, pues, había ido al Zaire buscando experiencias de inculturación y me encontraba con que experiencias de esa clase las teníamos en casa desde hacía muchísimos años, como invitándonos a examinar su modo de producirse.

En este caso ese modo de producirse la inculturación era transparente. Quienes tradujeron el Evangelio según San Juan al latín –y luego al español– entendían que lo que ante todo habría querido expresar el Evangelista es que Jesús decía a sus oyentes que podían fiarse de su modo de ser pastor. Y para esto, en el medio cultural hispánico, no les valía lo de «pastor hermoso». Les parecía que lo de la hermosura no tenía mucho que ver con la fiabilidad de un pastor. Y pusieron *bueno* en vez de hermoso.

Otro tanto podría decirse de la traducción francesa, que no sé la antigüedad que tiene. Los que eligieron la palabra *sage* para significar

la fiabilidad de Jesús como pastor entendían que la sabiduría o sensatez de Jesús es lo que mejor podía recomendarle como pastor de los que le siguieran.

Todo esto es evidentemente una cuestión menor. Pero a partir de ella se me plantearon muchas preguntas y la primera de todas es: ¿sabemos escoger bien el modo de decir, en nuestro entorno español de hoy, que nos vale la pena y es fiable lo de Jesús y lo de Dios?

2. Una cuestión mayor

Lo que nos aportaría ese buen modo de decir, dicho en términos de la tradición doctrinal cristiana, sería la capacidad de transmitir creíblemente la perspectiva de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado, se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios. Y según aquella tradición se supone, por una parte, que el explicitar esto sería imprescindible para un buen anuncio del Evangelio¹ –y, por otra parte, que ello respondería a lo íntimamente ansiado por todos.

Pero bien difícil es hoy traducir eso a un lenguaje que presente la cosa como deseable para muchos hombres y mujeres. No solamente

¹ *Evangelii Nuntiandi*, n.º 27.

lo dificulta la generalizada actitud que se ha llamado postmoderna, de rechazar los intentos de quienes quieren organizar la vida de los demás en función de las llamadas «grandes narraciones» (las del final cristiano de la historia, las de la victoria de la clase obrera en la lucha final, las de la solución por la ciencia de todos los problemas...). Es que además, aquí en España, en los campos de las culturas de masas, son legión los que simplemente se apuntan al dicho «no queremos salvadores».

Y entonces, al haberse vuelto más difícil inculturar como válida la oferta básica de Jesús –«que tengamos vida y que tengamos más vida» (Jn 10,10)– surgen muchos intentos distintos para inculturar lo cristiano en enclaves menores de nuestra cultura total. Lo muestra, por ejemplo, la inculturación que hacen las comunidades de la Renovación Carismática, que desde luego les vale a ellas e incluso les permite exportar retazos de sus prácticas (como aplausos triunfales en celebraciones litúrgicas, invocaciones de sanación...) a creyentes que no están en la renovación. Como también vale a no pocos la inculturación del mensaje del Evangelio que promueven los neo-catecumenales o los grupos de Comunión y Liberación. Que promueven, más en general, todos aquellos de entre los «nuevos movimientos religio-

sos» que a sí mismos se consideran cristianos y que como tales se hacen presentes en la Iglesia. Y así ha venido a crearse entre nuestros cristianos un pluralismo nuevo, que por mi parte considero enormemente positivo, aunque...

3. El nuevo pluralismo en la Iglesia

Todos los estudiosos del tema están de acuerdo en que hoy día apenas existen ya las sociedades culturalmente unitarias que los antropólogos gustaban de estudiar. Y particularmente en los países occidentales lo que tendríamos sería una fragmentación de culturas en que la buena interacción apenas puede darse sino por barrios y manteniendo unas cuantas reglas elementales que pongan a cada uno en su sitio –o disimulen cuánto se discrimina a unos u otros grupos.

Es sabido que en la comunidad cristiana esa pluralidad de culturas existió desde que muchos gentiles acogieron en Antioquía la fe. O sea, desde los inicios de ésta. Y que muy pronto adquirieron consistencia las que después se han llamado *iglesias particulares* (vg. las de Siria, Alejandría, etc.). Y acerca de ellas la *Evangelii Nuntiandi* (n.º 69) decía: «Las Iglesias particulares profundamente amalgamadas, no sólo

con las personas, sino también con las aspiraciones, las riquezas y límites, las maneras de orar, de amar, de considerar la vida y el mundo que distinguen a tal o cual conjunto humano, tienen la función de asimilar lo esencial del mensaje evangélico, de trasvasarlo, sin la menor traición a su verdad esencial, al lenguaje que esos hombres comprenden y, después, de anunciarlo en ese mismo lenguaje... El lenguaje debe entenderse aquí no tanto a nivel semántico o literario, cuanto al que podría llamarse antropológico y cultural»².

Pero tradicionalmente las *iglesias particulares* fueron entendidas casi siempre como iglesias territoriales, con su obispo territorial y sus fieles territoriales. Así parece que lo entendía la *Evangelii Nuntiandi*, que se escribió respondiendo a lo que en el IV Sínodo de los Obispos se había demandado sobre todo por los obispos africanos e indios y todavía hoy sigue siendo el documento base para la inculturación.

Pero si no me equivoco mucho las inculturaciones de lo cristiano en las sociedades de culturas fragmentadas no ocurren hoy, como antes apunté, ateniéndose a delimitaciones territoriales. ¿Tendríamos que hablar entonces de igle-

sias particulares no territoriales –al menos en parte–?

El Concilio Vaticano II lo hizo en el número 21 del documento *Ad Gentes*, aunque no refiriéndose a las comunidades de los Nuevos Movimientos Religiosos, sino más bien al estatuto jurídico de la presencia en unos territorios «no suyos» de fieles cristianos pertenecientes a antiguos patriarcados diferentes (por ejemplo, maronitas en Tierra Santa).

Pero si se considerara como una «iglesia particular» al conjunto de las comunidades de un determinado movimiento religioso, yo creo que esto abriría muchas posibilidades para superar la indiferencia o incluso animosidad con que a veces se alude a ellas entre los que no son sus afiliados. Sería entonces más fácil que unas se vieran a otras como «amalgamadas, no sólo con las personas, sino también con las aspiraciones, las riquezas y límites, las maneras de orar, de amar, de considerar la vida y el mundo» distintivas de sus miembros. Y se haría más visible en ellas el vínculo del amor fraterno entre los creyentes de distintas inculturaciones que según Juan Pablo II sería el signo de que esas inculturaciones son correctas³. ■

² En este sentido los neocatecumenales, por ejemplo, tendrían un lenguaje propio.

³ JUAN PABLO II, *Discurso a los Cardenales*, 21 de diciembre de 1984, n.º 4 y 5.